

EL ABOGADO

Idealmente, la profesión de abogado es admirable, como todas las profesiones. Pero lo malo es que los abogados se equivocan absolutamente sobre su significado. Entienden y practican su oficio en un sentido totalmente contrario al que realmente debería tener. La enfermedad hace el médico, y el abogado ha nacido de la justicia, que es otra enfermedad. El dolor humano paga los platos rotos. Lejos de servir de contrapeso a la justicia, de ser el adversario natural y el fiscal de la magistratura, el abogado se trueca en su auxiliar, en su cómplice, mejor dicho. Calca sus hábitos morales y sus prejuicios sociales sobre los del magistrado, copia hasta sus gestos y el corte de su ropa. Es un magistrado como el otro.

Lo que únicamente los distingue, y en lo que únicamente puede reconocérseles, es en que no actúan en el mismo lado del tribunal. El uno tiene el Cristo detrás y el otro delante. Y por un prodigio indecible que el código non previó, después de haber previsto tantas cosas extraordinarias, los dos, el magistrado y el abogado, se apoyan en el mismo platillo de la simbólica balanza.

Por lo demás, la prueba de que ambos tienen igual estado de alma, tanto el magistrado que acusa como el abogado que defiende, es la facilidad con que cambian de papel, de roba y de túnica. Cuando un magistrado no tiene suerte en su carrera, se hace en seguida abogado. Pasa el otro lado de la barricada. Un salto, y ya está metamorfoseado. Y hay que admirar entonces la virtuosidad con que reclama hoy la absolución del que la víspera reclamaba intrépidamente la cabeza. ¡ Oh blancura inmaculada del emblématico armiño ! Inversamente, cuando un abogado ve desierto su bufete, o que se agota su elocuencia, entonces aspira a condenar a los que, con igual entusiasmo y convicción, habría defendido la víspera. En el fondo, las dos funciones se parecen de tal modo y se confunden tan inconcientemente que, en provincias, cuando, en la audiencia, falta un magistrado, un abogado lo reemplaza y, desde el banco de la defensa, donde invocaba el amor cristiano, salta al de la acusación para, con igual gesto, hacer un llamamiento al verdugo sin que la menor vacilación turbe su espíritu y sin que el corazón se le estremezca lo más mínimo.

Jamás he podido comprender por qué se respeta al juez que condena, y por qué el verdugo, que no es más que el instrumento del juez, es objeto de horror del cual se desvía la mirada y al que no nos lo representamos sin que un escalofrío nos sacuda de la cabeza a los pies... He aquí una anomalía bien extraña !

En las pequeñas ciudades de provincia y en las agrupaciones sociales que son, como París, aldeas, los magistrados disfrutan posiciones excepcionales y de una honorabilidad que está por encima de su condición. Mientras el verdugo se ve reducido a eterna soledad, oculto en las tinieblas espesas donde se desliza su existencia habitual de paria, de apestado, el juez, al contrario, afronta el brillo de la luz, seguido por las adulaciones del mundo y las sonrisas admirativas. Las muchachas casaderas lo desean por esposo, las casadas por amante, como si fuese un héroe o un poeta Y, sin embargo, cada uno de sus gestos es un dolor, de cada palabra suya brota una desolación. Es el amo de vuestro honor, de vuestra fortuna, de vuestro reposo, de vuestra vida. Posee el derecho sobrehumano, el derecho espantoso, de suprimiros todo esto según su capricho, de suprimiros vuestra misma vida si se le antoja, porque hombre es y como tal sujeto a todas las atrocidades que aconsejan las pasiones, los vicios, los intereses y las vanidades. El verdugo no razona. Es un sér inerte que únicamente puede ponerle en movimiento una voluntad ajena... Mirad, sobre esta mesa, este cuchillo ; su acero brilla pacíficamente ; su hoja inmóvil refleja, como el agua mansa, la nube que pasa, una flor, la cabeza sonriente de un niño... Para que mate y se tiña de rojo, es necesario que una mano lo empuñe y hiera.

El verdugo es el cuchillo y el juez es la mano. ¿ De quién pues debo sentir más horror, del cuchillo con sus pacíficos reflejos, o de la mano guiada por el deseo de la muerte ?